



## LA HUELLA DE LOS OTROS

No fui amiga del Negro, no pertencí a su círculo íntimo. No sé si el chofer era su amigo. No sé si alguno de los pasajeros del micro era su amigo. Pero el dolor y la bronca impregnaron el viaje, como cuando se muere un amigo de verdad.

No fui amiga del Negro. Claro que lo veía en El Cairo y después en La Sede, siempre nos saludábamos. Tal vez haya sido porque una noche en El Cairo fuimos a ver “Buen día Vietnam” y ambos con nuestras parejas éramos los únicos que estábamos en el cine. Eso nos dio mucha risa y luego las cosas pasaron y le hice notas y me hizo reír. Y al final, cuando estaba mal, se le cayeron varios lagrimones y a mí también.

Fui fiel lectora de sus historietas, de algunos de sus libros, fui su vecina rosarina. No me importaba cuando más de un amigo intelectual lo criticaba por su supuesto bajo nivel de escritura. A mí me gustaba y mis hijos han leído varios de sus libros y tal vez fue la puerta que les abrió el Negro para otra literatura.

No lo sé.

Nos gritábamos chau por la calle pero estoy segura de que no sabía quién era yo. Saludaba por honrado y también por generoso. Atendía tanto a los medios nacionales como a las revistas de mala muerte o a cualquier estudiante que quisiera conocerlo.

Se divertía y a la hora de dar concejos había uno sólo: trabajo y más trabajo. Todo lo demás era risa.

Lo vi al Negro mirando u ojeando a mujeres con verdadero deseo o admiración. No se le pasaba ninguna. Así como no se le pasaban los partidos de fútbol y mucho menos la suerte o no de Central.

Tenía su grupo de amigos que ya casi era una secta o un partido político de la risa y la esperanza. Tenía un humor inalterable salvo, claro, cuando se enojaba y eso no sucedía demasiadas veces.

Sabía que era un personaje y lo aceptaba con hidalguía. Ahí están sus libros, sus miles de entrevistas, su película. Ahí está él en Rosario, viajando siempre pero volviendo. Hablando con orgullo de hijo, y dándose cuenta cuando la enfermedad iba avanzando.



Pero no se abandonó. Por el contrario, consiguió uno de los mayores premios de América latina y lo disfrutó como nunca. Se reía y contaba que había almorzado con Saramago y con otros popes de la literatura y eso lo divertía.

Fue el único que desacartonó el II Congreso de la Lengua Española y todos lo aplaudieron. Nadie se animó a criticarlo; por el contrario, junto con los expositores más brillantes como Carlos Fuentes quedarán en la historia rosarina por mucho tiempo.

Nos conocíamos por el trabajo, y nos tratábamos como si nos conociéramos de mucho tiempo, que en mi caso era verdad, no en el suyo. Yo sabía de él, él nada de mí. Sin embargo dejó huellas imborrables en mi vida, tal vez no lo supo nunca. Tal vez nunca se imaginó de qué manera convivió y convive con mi familia. Pienso y estoy segura que somos muchos los que lo sentimos, tanto en Rosario como en la Quiaca dónde llegó su película y los pibes no pararon de reírse y por qué no de pensar.

“Bueno no soy nórdico”, dijo rápido, para justificar los lagrimones que se le escaparon en el hombro de su mujer cuando Rosario se preparó para homenajearlo en la calle. Al estilo más bizarro posible. Con los bomberos, con los caballos de los gauchos, las vecinas, los amigos de toda la vida, sus compañeros de bar y de los otros. Todo un pueblo aplaudiéndolo.

No era para menos que se le escapara un lagrimón. Había regresado de Colombia donde recibió el premio al mejor escritor y de alguna manera ya el mundo comenzaba a despedirse de él.

Estuvo en tierra colombiana con cuanto escritor lo fue a saludar, y él lo hacía como pidiendo perdón.

Salió al balcón, ya no podía bajar, y con la mano saludó como pudo. El cuerpo no le respondía. Sin ninguna vergüenza señaló que no sólo había acudido a las terapias tradicionales y a los mejores médicos, sino que además hizo suyas las terapias alternativas. Así amaba la vida, sin hipocresías.

Cuando dejó el balcón aquel día en que Rosario, intendente incluido, lo fue a recibir, siguió escuchando exhausto a la muchedumbre que lo ovacionaba. No dijo nada. Saludó, y trató de ocultar las lágrimas en el hombro de su mujer. Nada más.

Una vez adentro de su departamento vista al río, tomó la delantera, esquivó algunas pavadas de los movileros y comenzó, mejor dicho, retomó su lugar de protagonista humilde.



"Tampoco uno es nórdico", insistió después e impulsó la carcajada que congeló para siempre esa lágrima al aire libre, frente al Paraná, frente a sus amigos y vecinos.

Habló por primera vez de su enfermedad en Colombia, donde recibió el máximo galardón. Después lo hizo con La Capital, de modo humorístico y corrosivo pero con un dejo de bronca.

El brazo, el derecho, con el que dibujaba y escribía ya se estaba inmovilizando. Trasladarse era una odisea, pero como él decía con un par de buenos amigos "con buenos brazos todo se puede". Y, efectivamente, se podía. Porque él quería, porque dejaba algún resquicio de pudor, y prefería seguir como lo que era: sólo enfermo.

Por eso el Negro lloró cuando vio a Rosario en su puerta. Tal vez todos sabíamos que sería una de las últimas veces que lo veríamos. Sin embargo, no fue así. También se presentó en el Senado de la Nación en dónde no se privó de darles una lección a los legisladores después de que le entregaron sus reconocimientos. "Bueno, ahora todos a trabajar", dijo. No todos rieron y otros no entendieron sus ironías.

Murió un 19 de julio, un día antes del día del amigo. Tal vez nunca imaginó las huellas que dejó en los demás. En el chofer del colectivo, en los pasajeros, en Rosario todo. Tal vez nunca pensó que hizo que la vida fuera menos hostil, aun cuando en mucho de su humor se reflejaban las peores cosas que pasan en el mundo y también en nuestro país. No cualquiera deja huellas esparcidas en tantos rincones. El Negro, que no era nórdico, lo hizo. Con sus historietas, con sus más de 60 libros, con su humildad y también con el coraje de vivir la vida hasta el final sin aflojar jamás.

Nunca se borrarán sus huellas. Aquí y allá siempre habrá alguien diciendo las letras del Mendieta o del Inodoro Pereyra o de la Eulogia o de los cientos de personajes a los que dio vida mientras duró la suya.

Seguramente, las huellas del Negro sigan viajando sin fronteras de aquí a allá. Por lo pronto, en mi casa son visibles.